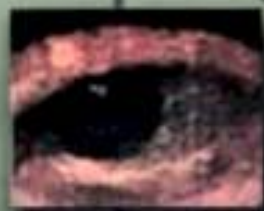


Salvatore Puledda

Interpretaciones del Humanismo



Prólogo de Mijaíl Gorbachov

¿Cómo se entiende el concepto «*Humanismo*» en Occidente? ¿Qué imágenes del ser humano se han impuesto en nuestra civilización? ¿Cuales son las principales ideas sobre «naturaleza» o «esencia» humana?

En primer lugar se describe la concepción del ser humano desarrollada en el Renacimiento y luego las presentadas por las corrientes filosóficas del siglo XX –de inspiración marxista, cristiana y existencialista– que se declararon humanistas. Ideas contrapuestas sobre «naturaleza» humana, que tuvieron fuerte influencia en la esfera política.

En el texto resuenan los ecos del gran debate sobre el humanismo que a final de los años cuarenta involucró a personalidades de la estatura de Sartre y Heidegger, así como la polémica sobre el valor histórico del humanismo que propusieron durante los años setenta los estructuralistas y M. Foucault. El libro presenta también una descripción de las nuevas concepciones filosóficas o políticas surgidas posteriormente e inscritas en el ámbito del humanismo. Entre ellas destaca la Perestroika puesta en marcha por el grupo dirigente soviético guiado por *Mijaíl Gorbachov* y el Nuevo Humanismo fundado en los años sesenta por el pensador argentino Mario Rodríguez Cobos, conocido como *Silo*.

El prólogo escrito por M. Gorbachov (ex-presidente de la URSS) plantea la necesidad de una «*revolución humanista*» para superar los tremendos peligros que amenazan a la humanidad y construir una nueva civilización planetaria que tenga como valor central al ser humano.

Índice de contenido

Cubierta

Interpretaciones del Humanismo

La precondition de la supervivencia prologo de Mijaíl Gorbachov

Presentación

El Humanismo histórico occidental

1. El retorno a los antiguos y el ideal de «humanitas»
2. La nueva imagen del hombre
3. La nueva imagen del mundo

El humanismo contemporáneo

1. El humanismo marxista
2. El humanismo cristiano
3. El humanismo existencialista
4. Heidegger y la crítica al humanismo metafísico
5. El antihumanismo filosófico
 - 5.1. El estructuralismo y C. Lévi-Strauss
 - 5.2. Michel Foucault
6. Los últimos años

El Hhumanismo universalista

1. El nuevo Humanismo
2. Palabras finales

Sobre el autor

Notas

LA PRECONDICIÓN DE LA SUPERVIVENCIA

Prologo De Mijaíl Gorbachov

Estimado lector:

Tiene Ud. en sus manos un libro que no puede dejar de hacerle pensar. No solo porque está dedicado a un tema eterno, que es el humanismo, sino porque habiendo puesto este tema en marcos históricos, permite sentir, comprender, que se trata de un verdadero desafío de nuestra época.

El autor del libro, Dr. Salvatore Puledda, con toda razón subraya que el humanismo en sus tres aspectos: como concepto general, como conjunto de ideas específicas y como acción que inspira, tiene una historia muy larga y complicada. Según él escribe, su historia ha sido similar al movimiento de las ondas: ora el humanismo salía a un primer plano, al proscenio histórico de la humanidad, ora «desaparecía» en algún momento. En ocasiones, fue relegado a un segundo plano por las fuerzas que Mario Rodríguez Cobos (Silo) con toda razón califica de «antihumanistas». En aquellos períodos, fue brutalmente tergiversado. Las mismas fuerzas antihumanistas a menudo se pusieron la máscara humanista para actuar bajo su cobertura y, en nombre del humanismo, realizaron sus oscuras intenciones. En esos momentos el humanismo verdadero permanecía en la profundidad de la conciencia humana, en las

mentos de los mejores representantes del pensamiento humano como ideal, objetivo y dirección de la acción social deseada.

El autor del libro tiene razón al decir que el humanismo, tanto en el pasado como en la actualidad, tenía y sigue teniendo una multitud de interpretaciones, incluso de las más contradictorias. Y es posible que diferentes categorías de lectores perciban de modo distinto el contenido de su libro, coincidiendo o no con sus conclusiones. Y, a propósito de esto, debo decir que desde mi personal apreciación el Dr. Salvatore Puledda de ningún modo se considera poseedor de la verdad en su última instancia; él reflexiona e invita a reflexionar a sus lectores y esta es una muy importante peculiaridad de su libro.

Estoy convencido de que su libro es oportuno y actual. Es mi opinión y de la Fundación que encabezo, que estamos viviendo la crisis de los fundamentos de la civilización y que esta desgasta aceleradamente su potencial... Y esto, si les parece, puede verse como una crisis del ser humano mismo. Da la impresión que todo, o la mayor parte de lo que ocurre, es una verdadera agresión contra el ser humano. Al ser humano le amenaza todo. Los resultados del progreso científico-tecnológico (que en otras condiciones podrían hacer la vida prolífica y digna) ahondan la crisis en las relaciones entre el ser humano y el resto de la naturaleza. Y así llegamos a este estremecimiento en la esfera político-social, a esta agudización de las contradicciones entre el ser humano y la sociedad, entre el ser humano y el poder. Esta situación nos emplaza frente a callejones sin salida en el desarrollo de la educación y la cultura. Pero, como un recuento de las actuales dificultades sería demasiado extenso, me permito remitir a las «*Cartas a mis amigos*» de Silo, donde él, muy detalladamente, trata todos estos problemas precisamente desde el punto de vista del humanismo verdadero. Hago aquí esta recomenda-

ción porque nuestras visiones respecto de la crisis actual, social y personal, son muy cercanas.

Debo observar aquí lo siguiente. Hoy en día, el problema de las relaciones entre el ser humano y la naturaleza ha adquirido una trágica significación. Pero la resolución de este problema, como es de imaginar, no puede ser estrictamente antropocéntrica. Efectivamente, el ser humano es la creación suprema. Pero él, al mismo tiempo, es parte de la naturaleza. Y la tarea consiste, estoy convencido, no en garantizar el dominio del hombre sobre la naturaleza (como se ha afirmado durante siglos), sino en el logro de condiciones para un armónico desarrollo conjunto. Solamente en este caso, podrá el hombre recibir todo lo necesario de la naturaleza, si él le garantiza sus requerimientos actuando para el restablecimiento y mantenimiento del equilibrio de la biósfera, hoy ya seriamente deteriorado.

La superación de la desencadenada crisis de la civilización presupone, en nuestra opinión, el paso hacia un nuevo paradigma de la existencia humana, hacia una nueva civilización que debe partir de la importancia y dignidad del ser humano y ser dirigida hacia la realización de su potencial. En otras palabras, el tema es el paso hacia una civilización verdaderamente humana que garantice no solo la eliminación de los peligros y amenazas existentes para la continuidad del género humano, sino que también genere condiciones para una digna existencia de las generaciones actuales y futuras.

Exagerando un tanto la situación, yo diría que estamos ante la necesidad de una revolución humanista. Es posible que la palabra «revolución» en este caso no sea totalmente adecuada, si se tiene en cuenta el concepto que de ella se ha difundido. Por eso aclaro: el tema es la revolución por medio de la evolución, por medio de progresivas transformaciones y a través del logro de un consenso convergente de diferentes corrientes de pensamiento y acción. Claro que tal camino no descarta la necesidad de ha-

cer frente a las fuerzas del antihumanismo, en caso de contraataque de su parte. Pero en principio la revolución humanista comprende los medios humanistas correspondientes a su contenido. De otro modo se perderá su misma esencia. Debe comprenderse, me parece, esta cuestión. La revolución humanista no se concretará (o se convertirá en una nueva manifestación del antihumanismo), si ella se realiza en la forma de una «uniformación general»; si dicha revolución lleva a la privación en las gentes, pueblos y naciones, de la libertad de elección. Toda la historia de la humanidad ha sido signada por la superación de la opresión hacia la libertad de elección y esto muestra que la revolución humanista habrá de garantizar al ser humano esta libertad y dar amplio espacio a la multiplicidad de la existencia humana.

Nosotros, en la Unión Soviética, comenzamos diez años atrás una serie de transformaciones que recibieron el nombre de «Perestroika». Su sentido consistía en garantizar la humanización de los distintos aspectos de la vida social. La primera y más importante tarea consistió en concretar el paso desde el Totalitarismo hacia la Democracia. Esto, en general, se logró. Pero no todo lo que planeamos se resolvió tal cual lo habíamos querido. Las fuerzas antihumanistas, ancladas en el orden anterior, organizando el golpe del 19 de agosto de 1991 frustraron mucho de lo pensado. Y después de esto, en diciembre del mismo año, el acto concretado de liquidación de la Unión Soviética llevó a los países, a sus herederos, por caminos muy alejados de los valores y tareas de la Perestroika. De este modo, tanto para Rusia como para los otros estados formados en el lugar de la Unión, la tarea de humanizar la vida ha quedado aún sin resolver.

En el plano de la política mundial, después de 1985, nos propusimos también la tarea de una enérgica contribución a la humanización de la vida de la sociedad mundial, nos propusimos la superación de la confrontación y el

logro de una pacífica colaboración entre estados y pueblos a fin de generar precondiciones para la resolución de esta tarea. En este camino fue logrado el fin de la «guerra fría», el paso desde la carrera armamentista nuclear hacia el desarme, el paso desde el crecimiento de otros tipos de armamentos hasta la disminución de sus reservas. Como consecuencia de estos hechos fueron reconocidos a escala mundial determinados niveles en la esfera de los derechos humanos y se produjo una significativa atenuación de la crisis en la relaciones entre el hombre y el resto de la naturaleza.

Sin embargo, ha quedado pendiente una colosal cantidad de tareas de gran envergadura. Hasta lograr una aceptable humanización de la vida de la comunidad mundial y superar todas las deficiencias del pasado confrontativo (y en parte del presente), queda por recorrer no poco camino.

El Dr. Puledda está en lo cierto al decir que nuestros tiempos han sido marcados por el eclipse del humanismo. A pesar de esto me parece que ahora estamos en una etapa de desarrollo, apta para superar el déficit de humanismo que nos ha dejado el pasado. ***La afirmación del humanismo, no tanto como una corriente contemplativa y compasiva, sino como una fuerza de acción y colaboración es, realmente, un imperativo de nuestro tiempo. Es una precondición de supervivencia de la humanidad.*** En estas condiciones el libro de Salvatore Puledda aparece como un fenómeno notable y significativo. Se trata de la búsqueda de un camino de desarrollo que responda a las necesidades esenciales del ser humano y dé un aporte a la superación espiritual de la actual crisis de la civilización.

Mijaíl Gorbachov. Moscú 30/10/94.

PRESENTACIÓN

El concepto de humanismo es actualmente uno de los más indeterminados y contradictorios; de aquí la necesidad de reconstruir las diferentes interpretaciones que ha tenido y delinear, al menos en lo que concierne sus aspectos esenciales, los contextos histórico-filosóficos en los que tales interpretaciones han surgido.

Hoy el término *humanismo* se utiliza comúnmente para indicar toda tendencia de pensamiento que afirme la centralidad, el valor, la dignidad del ser humano, o que muestre una preocupación o interés primario por la vida y la posición del ser humano en el mundo. Con un significado tan amplio, la palabra da lugar a las más variadas interpretaciones, y en consecuencia, a confusión y malentendido. Efectivamente, ha sido adoptada por muchas filosofías que –cada una a su modo– han afirmado saber qué o quién es el ser humano y cuál es el camino correcto para la realización de las potencialidades que le son más específicas. Vale decir que toda filosofía que se ha declarado humanista ha propuesto una concepción de *naturaleza* o *esencia* humana, de la que ha derivado una serie de consecuencias en el campo práctico, preocupándose por indicar lo que los seres humanos deben hacer para así manifestar acabadamente su «humanidad».

El término humanista se utiliza con un segundo significado, más limitado pero también más preciso, en cuanto resulta claramente definido en términos históricos. En este caso, se lo utiliza para designar a ese complejo y multiforme

me movimiento cultural que produjo una radical transformación de la civilización occidental, poniendo fin al Medioevo cristiano. A los siglos XIV y XV en Italia, donde se inició esa gran «mutación», se los conoce como «edad del humanismo», mientras que, al siglo siguiente, en el que la transformación se extendió a toda Europa casi como una explosión, se le da el nombre de «Renacimiento». Con esta acepción el término indica en modo inequívoco un específico movimiento cultural en Occidente, históricamente determinado en sus formas y límites temporales.

Sin embargo, en tiempos recientes, ha aparecido una nueva interpretación que reformula el concepto de humanismo, colocándolo en una perspectiva histórica globalizante, en sintonía con la época actual que comienza a ver los albores de una civilización planetaria. Esta línea de pensamiento afirma que el humanismo que se manifestó en Europa en la época del Renacimiento estaba implícito en otras culturas que contribuyeron en modo decisivo a la construcción de la civilización occidental. En este contexto, el humanismo no parece ser un fenómeno geográfico o temporalmente delimitado, sino que se trata más bien de un fenómeno que surge y se desarrolla en distintas épocas y lugares del mundo y que, precisamente por esta razón, hoy puede dar un dirección convergente a tantas culturas que se encuentran forzosamente en contacto en un planeta unificado a través de los medios masivos de comunicación. Va en sustento de esta posición la gran influencia, históricamente documentable, que ejercieron en modo directo las culturas de Medio Oriente e indirectamente las culturas asiáticas en el desarrollo del humanismo histórico occidental. Este es un punto de capital importancia para el Nuevo Humanismo que propone esta línea interpretativa, en el que no podemos detenernos ahora y que merece ser expuesto *in extenso* en un trabajo específico.

Aquí nos ocuparemos de algunos aspectos del humanismo renacentista que nos parecen esenciales para comprender su especificidad histórica y su impulso innovador. Trataremos de aclarar el significado de aquel ideal de *humanitas* que fue el estandarte del humanismo del Renacimiento, y luego delinearemos la nueva imagen del hombre y del mundo natural que este construyó en oposición a la concepción medieval.

Haremos, además, una descripción sintética de las principales corrientes filosóficas que en nuestro siglo se han definido como humanistas. Tomaremos en consideración los humanismos marxista, cristiano, existencialista y los de «nuevo cuño» como el Nuevo Humanismo, tratando de elucidar la concepción, explícita o implícita, que cada uno de ellos propone del ser humano. Daremos espacio también al punto de vista de aquellos que han criticado drásticamente a los humanismos filosóficos o que han asumido posiciones programáticas antihumanistas. El primer caso es el de M. Heidegger; en el segundo se incluyen los «estructuralistas» (ejemplificados aquí en la figura de C. Lévi-Strauss) y M. Foucault.

Como se verá en el curso de esta exposición, las corrientes humanistas del Novecientos, aun testimoniando un renovado interés por el humanismo, le han dado interpretaciones radicalmente divergentes. Por lo tanto, en este siglo, no nos encontramos como en el Renacimiento con un movimiento humanista homogéneo a pesar de su complejidad, sino más bien con un conflicto entre distintos humanismos. Y es por ello que, como decíamos al principio, el significado de la palabra se ha ido perdiendo en una confusión de lenguas e interpretaciones.

Pero las voces de esta torre de Babel se han silenciado de pronto: después de la intervención de los «filósofos de la existencia», que se remonta a fines de los años Cuarenta, el debate sobre el Humanismo aparentemente se ha apagado. Hoy son pocas y de momento poco escuchadas,

las voces que se alzan para proponer a los seres humanos una nueva comprensión de su «humanidad». Ciertamente, mucho se habla de derechos humanos –sistemáticamente avasallados–, de «naturaleza» humana –descrita siempre en forma vaga y contradictoria–, de la correcta ubicación del ser humano en el mundo natural, especialmente a causa de los tremendos problemas ecológicos actuales. No obstante todo, es evidente que nuestros tiempos asisten a un eclipse del humanismo. Por cierto que esta no es una situación nueva: las corrientes humanistas, presentes ya al comienzo de la civilización occidental, muestran un comportamiento ondulatorio: aparecen en determinadas épocas y desaparecen luego para reaparecer nuevamente. Así ocurrió con el humanismo antiguo, que se desarrolló en las escuelas filosóficas griegas y romanas, que fue opacado durante diez siglos por el cristianismo medieval, para luego reaparecer con gran fuerza en la época del Renacimiento. A su vez, el humanismo renacentista fue perdiendo ímpetu hasta ser desplazado por las filosofías antihumanistas de los últimos siglos. Si las cosas están así, no es utópico pensar que pueda surgir una nueva corriente humanista capaz de contrarrestar la crisis actual, caracterizada por la pérdida del sentido de lo humano y agravada por la prospectiva de la catástrofe global, con todas sus aterradoras alternativas.

EL HUMANISMO HISTÓRICO OCCIDENTAL

1. EL RETORNO A LOS ANTIGUOS Y EL IDEAL DE «HUMANITAS»

El humanismo^[1] renacentista se desarrolla en un arco de tiempo que aproximadamente se extiende desde la segunda mitad del siglo XIV hasta finales del siglo XVI. Para Italia, y en general para Europa, este es un período de extraordinaria aceleración histórica en el que los acontecimientos se suceden a ritmo vertiginoso, produciendo radicales transformaciones políticas y espirituales.

Un tema de interminable discusión entre los historiadores es si el humanismo constituye una ruptura neta con respecto a la época medieval o si es la culminación de un proceso de maduración de temáticas filosóficas, religiosas, sociales, económicas, etc. que ya habían surgido en el Medioevo tardío. Indudablemente existen excelentes argumentos para sostener ambas interpretaciones, pero – más allá de la posición que se elija– ninguna reconstrucción histórica puede prescindir de la imagen que los protagonistas de aquella época tenían del propio tiempo y del significado que atribuían a sus obras. Este punto no da lugar a ambigüedades ya que la evaluación es unánime. En efecto, todas las grandes figuras humanistas perciben que

el tiempo que les ha tocado vivir es especial: un tiempo en el que la humanidad, luego del largo sueño de barbarie del Medioevo, retorna a sus orígenes, pasa a través de un «renacimiento» entendido según la tradición mística, es decir, un «segundo nacimiento», una renovación total que le permite recobrar la fuerza, el ímpetu que solo es posible encontrar en el *principio*. Por lo tanto, para la cultura del humanismo no se trata simplemente de desarrollar y completar las realizaciones de la época precedente, sino de construir un mundo y una humanidad completamente renovados, y esto –de acuerdo a la imagen del «renacer»– es posible solo gracias a la muerte, a la desaparición del mundo y del hombre medievales.

Para la Edad Media cristiana, la tierra es el lugar de la culpa y el sufrimiento; un valle de lágrimas en el que la humanidad ha sido arrojada por el pecado de Adán y del que solo es deseable huir. El hombre en sí no es nada y nada puede hacer por sí solo: sus deseos mundanos son solamente locura y soberbia; sus obras, no más que polvo. El hombre puede aspirar solo al perdón de un Dios infinitamente lejano en su perfección y trascendencia, que concede su gracia según designios inescrutables.

La concepción de la historia y la imagen del universo reflejan esta visión teológica. La historia no es la memoria de hombres, pueblos, civilizaciones, sino el camino de expiación que lleva del pecado original a la redención. En el límite extremo del futuro luego de los terribles prodigios de la Apocalipsis, vendrá el juicio tremendo de Dios. La Tierra, inmóvil y en el centro del universo según la concepción tolemaica, está circundada por las esferas de los cielos planetarios y de las estrellas fijas que giran animadas por potencias angélicas. El cielo supremo, el empíreo, es la sede de Dios, motor inmóvil que todo lo mueve.

A su vez, la organización social coincide con esta visión cosmológica cerrada y jerárquica: los nobles y las clases subalternas de los burgueses y los siervos se encuentran